bara con su palabra poderosa. Si esto es cierto, tendríamos la explicación literal y sencilla de aquellas tan admirables como repetidas frases del Apóstol: «La fe es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo.» *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi.* Pero si no llegó hasta ella la voz del Obispo ó del sacerdote cristianos, ni el arrebatador ejemplo de los defensores de la Cruz, fuerza será creer que el Cielo se encargó de confirmar las palabras de San Pablo con sus inspiraciones, ó por ministerio de los Angeles.

Bárbara ha dirigido una mirada prudentemente investigadora en derredor de la naturaleza: ha observado los contrastes armónicos de los astros, de las estaciones, de la vegetación, de los sucesos y de los sentimientos, y ha adivinado á un Dios Creador, Omnipotente, oculto tras el velo de tantas magnificencias. Pero hasta aquí podía, en verdad, llegar el estudio de la filosofía pagana; hasta ese conocimiento podía alcanzar la razón del hombre, naturalmente enemiga del Ateismo, y Bárbara ha pasado muy más allá de esos estrechos límites. La noticia que ella adquiere de Dios, es la noticia sobrenatural infundida por la gracia, y que guía por el camino de la vida eterna. Ella comprende que la razón humana es insuficiente para apoderarse de los secretos que la cercan; sabe que la esencia de las cosas está guardada en la mente divina, y que la luz para esclarecer esos misterios sólo puede encenderse en el faro de la

revelación; fe prodigiosa que parece poner el infinito ante el alcance de su vista, y como remontarla hasta el solio de la Trinidad Augusta para profundizar sus arcanos. Tal vez había ya podido comparar la literatura gentil, sin verdad, sin moralidad y sin fuego, con la literatura cristiana, tan sublime é inspirada, y llegó á adivinar aquellas dos ciudades que más adelante describiría San Agustín; la ciudad de los hombres, fundada en el amor y la gloria de sí misma, y la ciudad divina, que dice á Dios con acento humilde y religioso: «¡Tú, Señor, eres mi ciencia y mi gloria!»

La luz de esa fe produjo en el espíritu de Bárbara la llama de la esperanza cristiana. Dióscoro, creyendo hacer la felicidad de su hija, quiere darle un esposo que la ofrezca los goces de los amores terrenos, y apártase de ella para volver en breve á recibir la respuesta. Pero Bárbara se había anticipado la pregunta de San Agustín y San Ambrosio: ¿Qué es la virginidad? Y se había contestado como ellos: «La virginidad es la fuerte lazada que estrecha la fe, la esperanza y el amor divino» (1). «La virginidad acerca la naturaleza humana á la naturaleza angélica, y aún es mayor la victoria de la virgen que la victoria de los ángeles» (2). Bárbara elige entonces el místico Esposo que antes habían tenido Tecla, Justina y Margarita, y

(1) S. Augustin. in Psalm. XVII.
(2) S. Ambros., *de viduit.*

sus labios recogen del alma una oración ferviente, que eleva al Cielo para que la fortalezca y la ilumine.

Y como la oración que se levanta hacia el Cielo es ya una gracia que se recibe de él, inundan el espíritu de Bárbara raudales de esa gracia, fuerza y suavidad misteriosas que descienden al corazón de los justos desde el corazón de Jesucristo. Al contacto de su dedo sobre el duro mármol aparece impresa milagrosamente la cruz de Jesucristo: era la prenda sensible que daba el Cielo á Bárbara de su amparo y sus consolaciones.

Puedes volver en buen hora, Dióscoro, al lado de tu hija, porque su espíritu está enteramente formado. Si la preguntas sobre el estado de su corazón, ella te responderá sin vacilar: «Mi esposo es Jesucristo.» Si la preguntas acerca de sus dioses, ella te contestará del mismo modo: «Mi Dios es Jesucristo.» Si, desnaturalizado y cruel, la persigues y maltratas, ella responderá todavía: «Mi Salvador es Jesucristo.» Si la entregas, finalmente, al fanatismo y á los caprichos de un tirano que, ora la halaga y lisonjea, ora la desnuda y la azota, ella contestará siempre: «Mi esperanza es Jesucristo.» Y tanto ha confiado en Jesús la incomparable virgen, tantas veces ha pronunciado su dulcísimo nombre, que el Celestial Esposo se dignará descender con frecuencia á su lado, resplandeciente con la infinita claridad de los cielos.

¡Mujer extraordinaria! No abrumes mi imagi-

nación con el peso de toda tu grandeza. Déjame, ¡oh virgen! que contemple de cerca la llama que se eleva de tu amoroso pecho; y áun cuando ella sea un incendio abrasador, déjame todavía; y si no salta hacia mí una chispa que me comunique algo de su virtud, tome siquiera luz de ella para proseguir tus alabanzas.

Sí, Señora: los coloquios con su amado Jesús han tornado en el corazón de Bárbara la llama de la esperanza en los incendios del amor divino, y parece entablarse la lucha de místicas ternuras, que tan bien había de describir muchos siglos después Santa Teresa de Jesús; aquella lucha «que hace padecer con el exceso mismo de la felicidad, pero de cuyo mal el alma querría estar muriendo siempre» (1). Diríase que el corazón de Bárbara arde ya en aquel fuego sagrado que hizo á San Pablo enfermar de amor al tercer día que trataba con su Dios; que abrasó á Magdalena desde el primer momento, y que puso más tarde en los labios de San Bernardo estas suavísimas palabras: «Del amor de Dios, cuanto más bebo más sed tengo, y yo no puedo conseguir apagarla» (2).

¡Oh amor de Nuestro Señor Jesucristo! deberé aquí exclamar. Tú lo eres todo, y tú lo puedes. Tú eres el soplo que vivifica, la savia que regenera, y la virtud que salva, y la verdad que triunfa. ¡Oh

(1) Concept. del amor de Dios.
(2) Serm. XXII, In Cœn. Dom.

amor! Tú eres ciertamente un arcano; pero sabes comunicarte á las almas, y cuando te ves correspondido, tú te complaces en manifestarles todo tu secreto.

La santa violencia de ese amor dulcifica los prolongados martirios de aquella mujer privilegiada. Hiérese con mil dolorosos suplicios el cuerpo de la virgen, y cúranse instantáneamente sus llagas. Quémanse sus costados con hachas encendidas, é invoca sonriendo el nombre de Jesús. Se mutila horriblemente su castísimo seno, y el Esposo desciende de nuevo para inundarla de inagotables dulzuras. ¡Corta ya, tirano, esa cabeza en el vértigo de tu humillación y de tu rabia! Tu víctima será como la vid que, podándose, hermosea con sus verdores y enriquece con su delicado fruto. La última palabra de ese martirio santo apenas puede pronunciarse: falta la elocuencia á los labios y el valor al corazón. Nosotros sabemos de muchos desgraciados que se prestaron á ser verdugos de sus bienhechores; pero sobre el espectáculo de un padre fríamente teñido con la sangre de su propia hija, debe correrse un velo. Adoremos y bendigamos aquí, no obstante, la Providencia de Dios, que, vengadora de la inocencia de la virgen y heraldo de su santidad y de su gloria, envía súbitamente, en pleno azul del cielo, la tempestad y el rayo para castigar al parricida, maravilloso prodigio que había de atraer sobre Bárbara la atención de las generaciones cristianas,

y el entusiasta culto de los guerreros católicos.

Señora: una existencia tan pura como la que acabamos de recorrer, no debe ser para el mundo un árbol sin fruto ó una flor sin aroma. Las tres virtudes más elevadas del Cristianismo brillan en la vida de Bárbara con vivísimos fulgores, y las sociedades contemporáneas, faltas de fe, de esperanza y de caridad, pueden encontrar en ella los medios eficaces de alcanzar su regeneración y su perfeccionamiento.

De la verdad absoluta que reside en la esencia divina, nacen dos órdenes de verdades; la verdad natural y la verdad sobrenatural, y ámbas se comunican al hombre por distintos canales, la razón y la fe, que son, como si dijéramos, ríos de un mismo nacimiento, rayos de un mismo sol, flores de un mismo tallo. Cuando el hombre sabe armonizar esos dones, que tan bien se relacionan y completan, la inteligencia eleva prodigiosamente su vuelo, y descubre nuevos horizontes de verdad y de vida; pero cuando, tomando únicamente á su razón por guía, quiere penetrar en las regiones del dogma, el águila ha perdido la fuerza de sus alas, y no puede sostenerse en las nubes; el buque ha perdido sus velas, y fluctúa á merced de los vientos en un Océano sin orillas.

Pues bien; la vida de Bárbara nos ha trazado el camino de la sabiduría, que principia con el temor de Dios (1), y se consuma con su amor: por-

(1) Eccli., I, 16.

que el temor de Dios produce una fe viva; la fe esclarece el entendimiento del hombre; el entendimiento, alumbrado por la fe, parece como que alcanza el conocimiento intuitivo del bien; el corazón, enamorado del bien que el entendimiento conoce, tiende á buscar el bien en su principio, dejando la inteligencia en el atrio, de donde sólo debe pasar el alma para saciarse en un amor infinito.

Yo no diré seguramente, yo no puedo decir que la fe y la virtud basten para adquirir la ciencia: la ciencia se adquiere con el estudio y la meditación, que son la vida de los talentos; pero la fe y el temor de Dios encaminan la ciencia á su legítimo fin, la hacen prudente y sobria, y esparcen sobre ella la fecundidad de la gracia.

¿De qué, sinó, podrá servir á la humanidad una metafísica que, debiendo hacer detenidamente el estudio del eterno principio de la idea y el sér, del alma y sus facultades, se pierda en lucubraciones insensatas? ¿De qué una lógica que no guíe á la investigación de la verdad? ¿De qué una literatura que no sepa expresar, en los rasgos felices de la imaginación, todos los encantos de lo bello y toda la ternura de los sentimientos humanos? ¿De qué una política que invoque en favor de la injusticia el tiempo y los hechos consumados, esos grandes santificadores de las grandes maldades, haciendo entrar rara vez la moralidad en su extraña farmacopea? ¿De qué, en fin, una moral que no lleve á los hombres por la senda del bien y de la virtud?

Si el mundo, pues, necesita de fe para combatir el racionalismo que le extravía, necesita igualmente de esperanza para combatir el indiferentismo que le paraliza, y que parece la herencia de aquellos antiguos paganos, que sólo tenían para la eternidad unos Campos Elíseos, sin latitud, sin profundidad, sin luz. El indiferentismo fija principalmente su residencia en la voluntad humana, la adormece, y la constituye en ese estado de apatía, de languidez y de muerte, que es su más claro distintivo. El, oscureciendo hasta el instinto moral que lleva al hombre hacia un bien futuro, quita á los corazones que se juzgan felices la firme lazada que sujeta el ramo de flores de su dicha, y arroja á los desgraciados prematuramente á una tumba que ellos mismos suelen abrirse con frecuencia.

La vida de Bárbara ofrece al hombre, contra ese cáncer de las sociedades modernas, los tesoros de la esperanza cristiana. Su santa confianza en la Providencia de Dios, es esa virtud bienhechora que tranquiliza sobre su porvenir á los corazones dichosos; que consuela á los espíritus lacerados y anima á los caracteres melancólicos; supremo auxilio que el hombre recibe de la misericordia de Dios cuando le faltan los socorros humanos, como dice San Ambrosio (1); viático de la vida, según la expresión de un gran político (2); dulce secreto que convierte toda pena en alegría, toda sombra

(1) In Hexam.
(2) Antonio Pérez, *Máximas*.

en luz y todo invierno en primavera; es el resorte misterioso que mueve al hombre á procurar su bien y el bien general de su especie en la doctrina de Jesucristo, condenando así el indiferentismo del ateo que desecha todas las religiones, y el indiferentismo del deista, que todas las acepta sin abrazar ninguna; es, por último, la constancia que recoge el espíritu en la asiduidad de la oración, que elevando el alma por grados hasta la unión y el arrobamiento, la hace como adivinar los bienes inefables que le están preparados en las mansiones celestiales.

El mundo, finalmente, está necesitado de la virtud de la caridad. Señora, la sociedad actual debe recordar el último período del paganismo, que en el apogeo de su cultura sucumbió porque le faltaba el amor, sin el cual no pueden vivir largo tiempo las sociedades. Nosotros recorremos las distancias con una velocidad increible; nos alumbramos con luz más diáfana y radiante; hallaremos, probablemente, caminos seguros en medio del espacio; y aún se nos promete fotografiar la palabra humana. Es esta una gran civilización material y mecánica; pero las naciones se empobrecen, las revoluciones amenazan, el pobre espía el momento de cambiar su condición por medio de la fuerza, y las sociedades peligran, porque las acciones del hombre se resuelven en una triste palabra: el egoísmo.

La caridad, pues, es hoy la única solución sal-

vadora de muchos problemas difíciles para los estudios políticos, sociales y económicos. Pero es necesario no entender por caridad esa filantropía, pretendida hija del Catolicismo, que hizo soñar á los Sansimonianos su comunión universal, á Fourier su Falansterio, á Owen sus grandes Comunidades; que llama á los hombres hermanos, sin decirles nada de un Padre común que está en los Cielos; que llama á los hombres iguales, sin decirles nada de la ley divina, ante la cual únicamente se realiza una igualdad que no consiente la vida; que llama, en fin, á los hombres libres, sin decirles nada de la virtud, en cuya práctica consiste el perfeccionamiento de la libertad del hombre. La caridad verdadera es el amor purísimo de que nos ha dado Bárbara un ejemplo fecundo; amor que pone su corazón en Dios, y después de Dios y por Dios mismo, en todos los hombres sus hermanos; amor que todo lo sufre, todo lo perdona, todo lo reparte por el triunfo de la verdad y el bien, hasta la sangre y la vida. Hé aquí la caridad según la fe; hé aquí también la huella de bendición que esa virgen admirable ha estampado en el camino de la humanidad, como la faja luminosa de los cielos que han formado las estrellas en medio de otras estrellas.

Tal es, Señora, el hermoso lazo de las virtudes salvadoras que resplandecen en la vida de Bárbara con refulgentes destellos: la fe, que alumbra la razón con luces sobrenaturales, y sirve de funda-